

# Siete segundos



Ali Rahamad

L

a he observado el tiempo suficiente y ahora estoy seguro. Si, la sonrisa de Lilith dura siete segundos. Siete segundos exactos. No ha sido fácil saberlo, me ha costado un centenar de conversaciones con ella y un par de noches sin dormir, pero no temo equivocarme.

En el primer segundo ella baja la mirada, como si buscara la sonrisa del suelo y con los labios aún cerrados dibuja esa curvatura que implica cualquier carcajeo. Una luz empieza a delinear su rostro.

En el siguiente segundo comienza a despegar los labios y nace esa criatura maravillosa que vive en su mejilla derecha: el hoyuelo. Aclaro que no es cualquier hoyuelo, no es ni demasiado hondo, ni demasiado frágil, es perfecto. He imaginado que acuesto a Lilith en una cama en medio de la nada mientras llueve y se moja toda su piel de leche. Esta desnuda, pero a mí esto poco me importa. Solo quiero

beber esa gota sublime que se hospeda en el hoyuelo. Tomarla, saciar mi sed. No miraría a Lilith, apenas si la tocaría. Solo quiero ese hoyuelo, me pertenece. Es mi pedazo de cielo.

En el tercer segundo ya deja ver sus dientes, tienen una tonalidad amarillezca sin dejar de ser lúcidos, tienen ese brillito de las olas cuando se les encima el atardecer. Dientes de mar tiene Lilith, dientes del tamaño de una niña de kínder. En el cuarto segundo levanta la mirada, ahí es cuando empiezo a sentir el temblor en mis pies. Ella me mira a los ojos, con esa mirada que és solo de ella, como si quisiera meterse dentro de mí, como si quisiera robar mi cuerpo para gobernarlo y yo quiero que así sea. Quiero que sea mi dueña, y no importa qué hora del día sea, pero la luna, el sol y un par de estrellas se empiezan a enredar en su cabello. Entonces en el quinto segundo esquiva su rostro a la izquierda, toda ella resplandece, con su luz aleja mi oscuridad y cada uno de mis miedos.

En el sexto segundo su cuerpo, erguido parpadea, me sigue mirando, me crea, empiezo a existir. Y ya; a los siete segundos se encoje de hombros. La sonrisa se alarga tanto como puede su boca de tamarindo. Esa boca que muerde, habla, canta y besa otros labios que no son los míos. Esa boca que se pinta de carmesí también sabe reír. Y es que a los siete segundos me sigue mirando, y sus ojos son dos espejos, hasta me puedo ver en ellos ¡Pero yo no quiero verme reflejado! Yo sólo desco que siga sonriendo. A los siete segundos me dan ganas de reír, y también de llorar. Me pongo tonto.

Todo dura poco, de un golpetazo se acaba, vuelven los labios a su posición original y yo trago en seco. Finjo que esa fue una sonrisa normal, de rutina, de esas que se quitan y se ponen para posar en una foto. Continúo charlando, mientras la otra parte de mi cabeza se ingenia la manera de que ella vuelva a sonreír.

Ahora estoy seguro que Dios no creó el mundo en siete días, en realidad fueron siete segundos y eso Lilith no lo sabe, aún cuando ella guarda el secreto en su sonrisa.

*\* Laura Barragán Arteaga  
Estudiante de Comunicación Social  
de la Universidad de Cartagena.*